

# Lectura 1

## ***Irrational Man*: una reflexión sobre la medianía antes que un problema moral (FRAGS.)**

Publicado el 30 de septiembre de 2015 por Jose Miguel García de Fórmica-Corsi



Con el paso de los años y las sucesivas entregas de la filmografía de Allen, he acabado convenciéndome de que el tema central de la misma, ese sello recurrente que según los defensores de la «política de los autores» (esto es, que el único creador al que una película debe sus virtudes es su realizador) debe tener todo gran cineasta, es la amarga constatación de que la característica principal del ser humano es su medianía, su convencionalidad, si se prefiere su «normalidad». Lo cual choca con el otro elemento esencial de la personalidad del hombre: su vanidad. En nuestro solipsismo, a los seres humanos (a buena parte de ellos, o sea, de nosotros) nos cuesta trabajo admitir esa falta de excepcionalidad que nuestra subjetividad se empeña en afirmar y reafirmar, de ahí que nos creemos espejismos, ilusiones, esperanzas... de ser mucho mejores de lo que somos o para mejorar la apariencia de la vida que llevamos.

Ahora bien, me parece que la publicidad de la película ha distorsionado el verdadero foco dramático sobre el que actúa Allen. Debido a la condición de profesor de filosofía de Abe Lucas, se ha insistido en que lo que la película plantea es un problema de ética y moral que se nos arroja al rostro del espectador para que luego seamos nosotros quienes saquemos las conclusiones. Planteamiento, la verdad, apasionante... si nos encontráramos en una película de, por ejemplo, alguien tan admirado por el director neoyorquino como el sueco Ingmar Bergman (quien ya hizo algo así, por ejemplo, en su apasionante *De la vida de las marionetas*). Pero que no creo que preocupe a Allen más que para dar cuerpo el verdadero tema del film: la necesidad de todos sus personajes de encontrar una justificación a la frustración, mediocridad o indeterminación (dependiendo del personaje) de sus vidas.



Vayamos ese brillantísimo profesor de filosofía llamado Abe Lucas, sorprendido ya en su acceso a una madurez que físicamente no le está sentando bien (barriguita, aspecto desaliñado). La *brillantez* de Lucas, la verdad, es algo que se da por supuesto desde el inicio sin que sus actos o las palabras nos lo confirmen en ningún momento. Las breves pinceladas que le escuchamos en clase, a quien tenga un mínimo conocimiento de generalidades filosóficas —y el tópico complaciente (o sea, difundido por ellos mismos) señala que los espectadores de Allen son espectadores «cultos»—, le parecerá un conjunto de lugares comunes sobre los existencialistas franceses, Kant o Kierkegaard, sobre el imperativo categórico o el famoso adagio sartriano de que *el infierno son los otros*, que cualquiera puede encontrar con una búsqueda rápida en Google. Algo que el mismo Lucas

seguramente es el primero en comprender: no en vano, si lleva tiempo estancado en la elaboración de su nuevo libro (un análisis de la relación entre el filósofo alemán Heidegger y el fascismo) es porque es bien consciente de que ni es un tema precisamente original ni él tiene nada nuevo que decir.

**Abe Lucas**, sin embargo, tiene el mérito de llegar en el momento oportuno a un lugar y a unas gentes que, como él, necesitan un revitalizante para la atonía en la que están sumidos. Abe llega a Braylin para darle a personas insatisfechas lo que éstas necesitan (y lo hace porque cumple los requisitos previos para darles lo que necesitan): a las autoridades académicas, el nombre de prestigio (incluso con el pequeño aliciente de su fama de ir a contracorriente) que necesita una universidad que, se sugiere, es bastante provinciana; a los estudiantes, el profesor refulgente que todo alumno requiere de vez en cuando para admirar (y así mejor criticar al resto de sus docentes); a su colega Rita, el aliciente sexual que suponga el revulsivo de una vida marcada por el aburrimiento de su carrera y de su matrimonio...

En el caso de Jill, la estudiante seducida por Abe, el caso también es de manual. Abe supone para esta muchacha (joven, guapa, inquieta... y claramente satisfecha de saberse así) el caballero romántico que precisaba. Una aureola romántica trabada sobre la información que Jill tiene de él (que, no es por nada, le facilita él mismo): una vida personal desdichada, que incluye la muerte violenta en Iraq de un amigo periodista y la traición de su esposa con otro amigo; una trayectoria entregada a la defensa de los desfavorecidos que, por supuesto, incluye campañas de ayuda en Darfur o en Bangladesh. Y también, por qué no, su fama de tener gran éxito entre las mujeres, que, sin ella saberlo pero los espectadores sí, en ese momento se ve puesta a prueba, como conoce su colega Rita, por su incapacidad para consumar el acto sexual.



Jill encuentra en Abe *lo que necesitaba encontrar*, sobre todo en comparación con lo que ya tenía de modo confortablemente seguro: un novio convencionalmente guapo y agradable, bueno, sano... y aburrido. Abe posee la experiencia que ella, una-chica-tan-madura, no encuentra en la gente de su edad, el sentido de la responsabilidad social, la profundidad intelectual, el componente romántico y, en especial, el aire torturado que parece estar pidiendo a gritos que alguien lo tome a su cuidado. ¿Cómo no va a caer en sus brazos? Y sin embargo, cuando la realidad, por lo general poco amiga de romanticismos, agrieta ese modelo deslumbrante —cuando descubre que Abe es un asesino, y hay que reconocer que la genuina nobleza de Jill le impide hacer como si fuera otro atributo *romántico* de su hasta entonces admirado amante—, no encuentra mayores dificultades en romper su relación y volver con su novio, que sigue siendo agradable, bueno, sano... y, aunque ahora no le importe tanto, aburrido.

**El deslumbrante Abe es**, por ello y primordialmente, **una construcción ajena**. El Abe auténtico es un individuo sugestionado por esa aureola que quién sabe cuánto ha contribuido él mismo a crear, y que es cierto que llega a Braylin sometido a una fuerte depresión, que combate prácticamente con alcohol. Y que no es ni el pensador brillante ni el romántico existencialista ni el hombre al que se le dan bien las mujeres que todos se empeñan en creer, sino alguien cuyos problemas, anhelos y capacidades son *tan convencionalmente normales* como las de todos, aunque los demás crean que él está por encima del hombre corriente.

Y qué mejor pista de lo que Allen piensa realmente de él que el suceso que *conmociona* su vida y lo empuja al particular camino de regeneración personal a través del asesinato (para él, la ejecución). Abe y Jill oyen hablar de ese juez en una conversación sorprendida en una cafetería a una mujer que

proclama, ante unos amigos que como es lógico le dan la razón de cuanto dice, la corrupción del magistrado porque le quiere dar la custodia de los hijos a su marido, que es un villano de mucho cuidado que lo único que hará es descuidarlos. ¡Y estas quejas de bar mueven a un ser culto y sofisticado, lector de Sartre y de Kant, a decidirse a matar a un hombre como ejemplo de lucidez moral! Que sus dos primeros actos, después de tomar su decisión y recuperar así el equilibrio, sean follarse por fin a Rita y tomarse un opíparo desayuno (ante la sorpresa de la camarera debida a su frugalidad anterior), supone ya sobrado comentario de la «profundidad» del sujeto.

Abe Lucas —y la misma Jill, aunque ésta se vea disculpada, en parte, por su juventud e inexperiencia— se integra así en esa galería de seres mediocres pero bien pagados de sí mismo, en apariencia cultos, sofisticados y/o guapos, que integran la filmografía última de Allen y que revelan, mejor que sus más brillantes epigramas, el escepticismo radical que el cineasta neoyorquino ha ido incrementado cada vez más a medida que aumentan sus años y sus películas. Es más, en la elección de **Joaquin Phoenix** (Abe Lucas) encuentro la misma razón que en la de muchas otras elecciones de las películas previas, aunque eso exigiría —y seguro que es una intuición por completo arbitraria y narcisista: yo mismo podría ser perfectamente un personaje de Allen, lo cual añade un nivel más de inquietud a mi admiración por estos films— que el director pensara lo mismo que yo: que nada mejor para hacer convincentes a seres mediocres que se creen superiores como elegir a actores nada brillantes (aunque alguno, como Abe, tenga ese prestigio), incluso flojos: Scarlett Johansson, Javier Bardem, Penélope Cruz, Naomi Watts, Anthony Hopkins, Owen Wilson...

## Lectura 2

### Irrational Man, de Woody Allen

Publicado el 24/09/2015 por José Luis Muñoz

El último trabajo del director de *Annie Hall* tiene aromas de *Delitos y faltas* o de *Match Point*, es decir, de algunas de sus mejores películas. *Irrational Man* es una comedia negra y moral, porque los dilemas morales son una de las obsesiones de este director atormentado que se psicoanaliza a través su cine. Está muy presente **Fiodor Dostoievski** y *Crimen y castigo*. ¿Es lícito asesinar si así se mejora el mundo? La misma pregunta que se hacía el asesino Raskólnikof antes de eliminar a la usurera.

El protagonista de *Irrational Man* es Abe, un profesor de filosofía algo fondón que tiene los rasgos de **Joaquin Phoenix**. Le precede la fama de provocador, alcohólico (siempre hay una petaca en el bolsillo de su americana para dar un trago) y mujeriego. Una de sus alumnas, Jill (**Emma Stone**) se lo quiere ligar, pero se le adelanta una profesora Rita (**Parker Posey**). El profesor se cura de su impotencia sexual con un curioso procedimiento. Pero, claro, no hay nada perfecto, y los detalles más nimios, como, por ejemplo, esa linterna que gana en una feria apostando a un número y regala a su enamorada alumna, le juega una mala pasada. Como la pelota de tenis que en *Match Point* cae al otro lado de la red, o ese anillo que no cae al Támesis y desencadena la tragedia. La vida, o la muerte, depende, muchas veces, de nimiedades.

Bien dialogado, como de costumbre, y con ese tono pedante que, en realidad, se ríe de lo pedante (citas filosóficas *ad hoc*) el film de **Woody Allen** entra con suavidad en la retina del espectador y se olvida rápidamente como el setenta por ciento de su filmografía. Impera en su última película el cinismo (el profesor Abe parece un entusiasta seguidor de **Thomas de Quincey** y su obra *El asesinato considerado como una de las bellas artes*), pero está ausente el humor. El director de *Match Point* tiene varias categorías de películas. Esta encajaría en la categoría de las medianías.

Parece que el director neoyorquino está muy cómodo haciendo un cine a la medida de sus espectadores fieles que no le exigen más. ¿Cuándo tardará en facturarnos una obra maestra? Quizá la próxima.



## Lectura 3

### **Hombre irracional,** por Luciano Alonso

En *Irrational man*, más allá de la trama (que no sorprende, pero que resulta sólida y bien construida), lo interesante pasa por otro lado: el cambio del protagonista a partir del conocimiento del juez Sprangler y de su decisión de acabar con él, habilita un debate ético tremendo. ¿Qué pasa cuando la justicia humana es injusta? En *Manhattan*, hay una escena en la que Isaac, el protagonista, dice que el debate teórico no puede aplicarse a los nazis, que la única resolución sensata es golpearlos en la cabeza con un bate de beisbol. La violencia y contundencia de este discurso reaparece en el discurso de Abe Lucas que, pese al título de la película, es un pensador estrictamente racional.

Por su parte, Woody Allen es un intelectual, no es un hombre de acción. Dice Alvy Singer, el protagonista de *Annie Hall*: “uno trata de que las cosas salgan perfectas en el arte, porque es muy difícil en la vida real”. Entonces, el arte es purificación. El arte consigue llevar a cabo lo que no se puede en la vida. Desde ahí, *Hombre irracional* muestra su faceta más atractiva, desde ese debate que se instala a propósito del bien y del mal, a propósito de la culpa y del castigo.



Desde luego, la relación con *Crímenes y pecados* se presenta casi como algo inevitable. Sin embargo, mientras que en *Crímenes y pecados* el culpable no es ajusticiado (y en eso radica el golpe maestro de la película), en *Hombre irracional* sí hay una suerte de ajusticiamiento del culpable. ¿Será que Woody Allen quiere negar una moral que al fin termina imponiéndose? Woody Allen es un director fundamentalmente inofensivo, no hay que olvidarse de eso. No es inteligente, ni sagaz, ni profundo citar a Kierkegaard, a Kant, a Husserl, a Dostoievsky. Por el contrario, es una obviedad. Sin embargo, dudo que Woody Allen no haya actualizado su biblioteca. Simplemente, creo que cita a los mismos autores de siempre por la misma razón por la que su cine funciona: es lo que el público quiere. A veces tengo la sensación de que el hecho de que su cine sea tan personal y estilista no es culpa suya, sino del público que lo aplaude. Aclaro que yo formo parte de ese público. A mí me encanta, esa es la verdad. Salgo de ver sus películas con la cabeza llena de ideas. Pero no soy tan escandalosamente ingenuo: me doy cuenta de que su cine no es original y de que su cine sólo puede escandalizar a ciudadanos acomodados y con pocos problemas serios en sus vidas. No obstante, es tan infrecuente que el cine recupere ciertos postulados de la literatura y de la filosofía, que incluso cuando lo hace de una manera tan elemental, funciona. Esa es la verdad. ¿Qué otra cosa puedo hacer más que aplaudir, maldita sea?

Si no es Woody Allen, ¿entonces quién? ¿Quién más cita a filósofos en sus películas? ¿Quién más nos presenta personajes que modifican su manera de pensar a partir de la lectura de la obra de algún filósofo? ¿Quién más consigue presentar dilemas morales y filosóficos sin que parezcan lejanos y ajenos? ¿Qué otro director consigue todo esto mientras sus películas divierten?

Woody Allen será cursi y subrayará horrendamente los guiños con el espectador cómplice y también lo hará de una manera simplona y torpe, pero su cine me seduce. Es así.